

¡Oh Ejército de Dios!

En la actualidad, en este mundo, cada pueblo vaga por su propio desierto, moviéndose de un lado para otro según los dictados de sus fantasías y sus antojos, persiguiendo su propio y particular capricho. Entre todas las numerosas masas de la tierra, tan sólo esta comunidad del Más Grande Nombre está libre y exenta de estratagemas humanas y carente de propósitos egoístas que promover. Sólo entre todas ellas, este pueblo se ha puesto de pie con propósitos purificados del yo, siguiendo las Enseñanzas de Dios, trabajando asiduamente y esforzándose por una única meta: convertir este polvo inferior en el alto cielo, hacer de este mundo un espejo del Reino, transformar este mundo en un mundo diferente y hacer que toda la humanidad adopte las maneras de la rectitud y una nueva forma de vivir.

¡Oh ejército de Dios!

Por la protección y la ayuda concedidas por la Bendita Belleza – que mi vida sea un sacrificio por Sus amados – debéis comportaros de modo tal que destaquéis entre otras almas, distinguidos y brillantes como el sol. Si alguno de vosotros entrara en una ciudad, debería convertirse en un centro de atracción por su sinceridad, su lealtad y amor, su honradez y fidelidad, su veracidad y su bondad hacia todos los pueblos del mundo, a fin de que los habitantes de esa ciudad exclamen: “Este hombre es indiscutiblemente un bahá’í, pues sus modales, su comportamiento, su conducta, sus costumbres, su naturaleza y disposición reflejan los atributos de los bahá’ís”. Hasta que no alcancéis esta posición no podréis decir que habéis sido fieles a la Alianza y al Testamento de Dios. Pues Él, mediante irrefutables Textos, estableció con todos nosotros una Alianza obligatoria, que nos exige actuar de acuerdo con Sus sagradas instrucciones y consejos.

¡Oh ejército de Dios!

Ha llegado el momento en que han de manifestarse en esta edad excelente los efectos y las perfecciones del Más Grande Nombre, a fin de establecer, fuera de toda duda, que esta era es la era de Bahá’u’lláh, y esta época destaca por encima de todas las demás épocas.

¡Oh ejército de Dios!

Cuando veáis a una persona que dirige toda su atención hacia la Causa de Dios; cuyo único propósito es hacer que entre en vigor la Palabra de Dios, que de día y de noche, con intención pura, presta servicios a la Causa; en cuyo proceder no se ve la menor huella de egoísmo o motivos personales; que más bien vaga aturdido por el desierto del amor de Dios, que sólo bebe del cáliz del conocimiento de Dios, está dedicado por completo a difundir las perfumadas fragancias de Dios y está enamorado de los santos versículos del Reino de Dios -

- sabed con certeza que esta persona será apoyada y fortalecida por el cielo; que, como la estrella matutina, siempre resplandecerá brillantemente en los cielos de la gracia eterna. Mas si mostrare la más leve mancha de deseos egoístas y de narcisismo, sus esfuerzos no conducirán a nada y, al final, será destruido y quedará sin esperanza.

¡Oh ejército de Dios!

Gracias a Dios, Bahá'u'lláh ha quitado las cadenas de la cerviz de la humanidad y ha librado al hombre de cuanto le estorbaba, diciéndole: Sois los frutos de un solo árbol y las hojas de una misma rama; sed compasivos y bondadosos con toda la raza humana. Tratad a los extraños igual que a los amigos, apreciad a otros como si fueran de los vuestros. Ved a los enemigos como amigos; a los demonios como ángeles; ofreced al tirano el mismo gran amor que demostráis a los leales y verdaderos, y cual gacelas de las fragantes ciudades de Khatá y Khután¹, brindad perfumado almizcle al lobo voraz. Sed un refugio para el temeroso; llevad descanso y paz al agitado; asegurad el porvenir del menesteroso; sed un tesoro de riqueza para el pobre; sed un remedio que cure a aquellos que sufren dolor; sed médico y enfermera para el doliente; promoved la amistad, el honor, la conciliación y la devoción a Dios en este mundo de la no existencia”.

¡Oh ejército de Dios!

Haced un ingente esfuerzo para que tal vez inundéis de luz esta tierra, para que esta choza de barro que es el mundo llegue a ser el Paraíso de Abhá. Se ha enseñoreado la oscuridad y prevalecen los rasgos del bruto. El mundo del hombre es ahora un ruedo para las bestias salvajes, un campo donde aprovechan la ocasión los ignorantes, los negligentes. Las almas de los hombres son lobos rapaces y animales con ojos cegados, o bien son veneno mortal o bien cizaña inservible; todos salvo unos pocos, que en verdad abrigan propósitos y planes altruistas para el bienestar de sus semejantes; mas en este aspecto, es decir, el servicio a la humanidad, debéis sacrificar la propia vida y, al entregaros, sentirnos alegres.

¡Oh ejército de Dios!

El Exaltado, el Báb, renunció a la vida. La Bendita Perfección, con cada hálito, renunciaba a cien vidas. Padebió calamidades; sufrió angustia; fue apresado; fue encadenado; fue echado de Su hogar, y desterrado a países lejanos. Luego, finalmente, terminó Sus días en la Más Grande Prisión. Asimismo, una gran multitud de amantes de Dios que siguieron este camino gustaron la miel del martirio y renunciaron a todo: la vida, los bienes, la familia, a todo cuanto poseían. Cuántos hogares fueron reducidos a escombros; cuántas

¹ Ciudades de la China conocidas por sus animales productores de aromas.

moradas fueron violadas y saqueadas; cuántos nobles edificios fueron derribados; cuántos palacios fueron demolidos y convertidos en tumbas. Y todo ello acaeció para que la humanidad fuese iluminada, la ignorancia cediese lugar al conocimiento, los hombres de la tierra llegasen a ser hombres del cielo, la discordia y la disensión fuesen arrancadas de raíz y llegase a establecerse en todo el mundo el Reino de la Paz. Esforzaos ahora para que se ponga de manifiesto esta merced y esta más amada de todas las esperanzas se realice con gran esplendor en toda la comunidad del hombre.

¡Oh ejército de Dios!

Cuidado, no sea que hagáis daño a algún alma, o que hagáis entristecerse a algún corazón; no sea que con vuestra palabra hiráis a algún hombre, ya sea conocido o desconocido, ya sea amigo o enemigo. Orad por todos; que todos sean bendecidos, que todos sean perdonados. Cuidado, cuidado, no sea que alguno de vosotros busque venganza, aunque fuese contra alguien que está sediento de vuestra sangre. Cuidado, cuidado, no sea que hiráis los sentimientos de alguien, aun cuando fuere un malhechor y os desee el mal. No consideréis a las criaturas, volveos a su Creador. No veáis a las gentes pertinaces, sino al Señor de las Huestes. No miréis el polvo, alzad la vista hacia el radiante sol, el cual ha hecho que todo pedazo de tierra oscura resplandezca de luz.

¡Oh ejército de Dios!

Cuando irrumpa la calamidad, sed pacientes y estad calmados. Por muy aflictivos que sean vuestros sufrimientos, permaneced impasibles y, con perfecta confianza en la abundante gracia de Dios, afrontad la tempestad de las tribulaciones y las feroces pruebas.

'Abdu'l-Bahá, Selecciones de los Escritos de 'Abdu'l-Bahá, # 35
